

El beso de Judas¹

1. La liturgia recomienda que, especialmente el día de hoy, la homilía sea breve. Casi habría que permanecer en silencio y dejar que los propios textos nos impacten y susciten en nosotros algún propósito de amor y desagravio, ante el cúmulo de sufrimientos que pasó Jesucristo por nuestra salvación.

Desconcertante contraste

2. Hay algo, sin embargo, que en mi opinión es conveniente comentar. El tremendo contraste entre el júbilo de tantos discípulos en la entrada triunfal en Jerusalén y la terrible desolación del juicio y condenación, por parte de la muchedumbre, apenas cinco días después. Los mismos que primero gritan *bendito el rey que viene en nombre del Señor*, poco después vuelven a gritar *¡crucifícalo, crucifícalo!* Y, con una amarga ironía, se atreven a decir que prefieren el yugo del dominador romano al suave reinado de Cristo: *nosotros no tenemos más rey que el César²*.

Es el cumplimiento de unas palabras proféticas que poco antes Cristo había pronunciado, llorando, sobre Jerusalén, la ciudad santa: *¡Si en este día comprendieras tú lo que puede conducirte a la paz! Pero eso está oculto a tus ojos³*. Con qué agudeza experimentaría Jesús el dolor de la traición de su amado pueblo. Fue, a nivel colectivo, como una réplica de lo que había experimentado la noche anterior en el Huerto de los Olivos, con la traición de uno de los más íntimos: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?⁴* ¡Cómo ardería la mejilla del Señor al recibir aquel beso que lo entregó a sus enemigos!

Fidelidad y coherencia

3. Nos duele palpar la dureza del corazón de los hombres, que es capaz de producir esos sufrimientos. La impresionante ceguera que los llevó a ese horrendo crimen. Pero tendríamos que examinar que no pocas veces, también entre nosotros, cuando pecamos, se dan ese tipo de reacciones.

Hoy, Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, es un buen día para que hagamos el propósito de ser más fieles a Cristo. Recordando, con santo Tomás, que es fiel el que *cumple exactamente lo prometido, conformando las palabras con los hechos⁵*. Nosotros, como cristianos, nos hemos comprometido a vivir las exigencias de amor y de justicia que nos pide el Evangelio. ¿Las cumplimos?, en particular, ¿somos coherentes con esa vocación cuando el ambiente es adverso?

¹ Homilía el Domingo de Ramos, ciclo C.

² *Juan* 19, 15.

³ *Lucas* 19, 42.

⁴ Evangelio, *Lucas* 22, 48.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, q. 110, a. 3.

En su inolvidable primera visita a México, san Juan Pablo II nos decía en la catedral metropolitana: *Coherencia es vivir de acuerdo con lo que se cree. Ajustar la propia vida al objeto de la propia adhesión. Aceptar incomprendiones, persecuciones antes de permitir rupturas entre lo que se vive y lo que se cree: esta es la coherencia (...). Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y solo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida*⁶.

4. Que renovemos hoy el propósito de ser fieles a Cristo. De, con la ayuda de la Virgen dolorosa y fiel, no darle otro *beso de Judas*.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 14 de abril de 2019.

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Homilía en la catedral de México*, 26-I-1979.